

**mi hombre tiene ese algo  
tan... tan de hombre**



Suaves y deslizantes  
afeitados eléctricos, aún  
en días de calor y  
humedad! ELECTRO  
MASAJE KAMEL  
facilita definitivamente  
el pasado de la máquina  
eléctrica, dejando su  
rostro suave y  
recientemente natural.  
Casi perfumado. Con  
ese algo tan... tan de  
hombre.

**ELECTRO MASAJE**

**kamel**

(SOLRIZA, S. A.)

**para el sexo (muy) fuerte**

Es un producto de la serie KAMEL

**D** EL 26 de septiembre al 1 de octubre se ha celebrado en Roma el I Congreso Internacional de Teología del Concilio Vaticano II. Ha sido preparada esta asamblea, de 1.200 representantes del pensamiento católico de todo el mundo, por las Universidades y centros de formación del mundo eclesiástico romano.

El patronato que ha asumido la alta dirección estaba formado por los prelatos católicos más representativos de la Curia romana y del Concilio: cardenales de Curia, como Cicognani, Pizzardo, Agagianian, Larrona, Ottaviani, Bea, Journet, abarcando todas las tendencias; cardenales de renombre conciliar (el prudente y severo arzobispo de Palermo, Ruffini; el independiente holandés Alfrink; el hombre puente entre Este y Oeste, Koenig; los del mundo tras el telón de acero, Seper y Slipji), y tantas otras grandes figuras, como el moderado teólogo de Pio XII, Pietro Parente, el avanzado Mac Grath, el inteligente Colombo, el decidido Garrone, el escriturista Weber, etc.

Entre tanto nombre extranjero hay varios españoles, como el canciller de la Universidad Pontificia de Salamanca, don Mauro Rubio; o el arzobispo de Madrid, don Casimiro Morcillo.

El consejo ejecutivo estuvo integrado por los rectores de las diferentes Universidades eclesiásticas romanas, casi todas ellas en manos de órdenes o congregaciones de religiosos (jesuitas, dominicos, benedictinos, franciscanos y salesianos).

**D** STE Congreso ha estudiado los temas —los innumerables temas— que el Concilio ha dejado abiertos a la discusión; las relaciones entre la Biblia y la Tradición; entre el Papa y los obispos; la doctrina sin definir acerca de la Virgen María; el ecumenismo; las relaciones de diálogo con los no-católicos, y tantos otros de la máxima importancia para el futuro de la Iglesia.

En una palabra: se han tratado aquellos variados problemas que la Iglesia ha dejado a la libre discusión de los hombres porque todavía no ha expresado su palabra definitiva.

«Tenemos tendencia —dice el teólogo benedictino inglés dom Aelred Graham— a responder a los complejos problemas de la hora presente, con una prohibición perentoria, porque carecemos de suficiente cultura o inteligencia, o incluso de valentía para pensarlos con conceptos actuales». Ese es el camino abierto que debemos emprender.

Lo mismo que el Concilio ha dicho: «Los hallazgos de las ciencias, la historia y la filosofía suscitan nuevos problemas que arrastran consecuencias prácticas y reclaman nuevas investigaciones teológicas». Hoy en día el pensamiento de la Iglesia ha de investigar y reflexionar «sin perder contacto con su tiempo».

¿Qué significan ya esos tomos llenos de distinciones teóricas y casuismos prácticos, que secan la vida y nada dicen al hombre actual?

La lectura del capítulo sobre los deberes de justicia en muchos libros de moral da la pobre medida de esa mentalidad empírica y no-científica que ha presidido su confección. Por eso, el Papa —de quien es ese juicio severo— pidió siempre la colaboración de los seculares para que algunos aspectos importantes de la enseñanza eclesiástica salgan de su atraso. Y el Concilio afirma que esto debe hacerse en un clima de libertad: «Debe reconocerse a los fieles —cléricos o laicos— la debida libertad de investigación, de pensamiento y de hacer conocer, humilde y valerosamente, su manera de ver en el campo de su competencia».

La Iglesia no tiene, por otro lado, ningún inconveniente en reconocer que «el espíritu científico modifica profundamente el ambiente cultural y las maneras de pensar»; y esta transformación tiene que ser razonablemente acogida, sin reservas ni nostalgia del pasado, ampliamente y como quería el gran Papa Juan XXIII al convocar oficialmente el Concilio.

**P** ARTICIPARON en este Congreso los principales teólogos católicos, y ha estado también presente una representación de pensadores protestantes, como ocurrió en el Concilio.

En pocas palabras: éste ha sido una especie de post-concilio.

Ese post-concilio que tanto se anhela, y del cual —en buena parte— no vemos sino tensiones y endurecimiento, posturas demasiado optimistas y resistencias, avances superficiales y frenazos paralizadores, y nunca precisamente del Papa, que siempre hace la figura de árbitro tolerante y respetuoso de la libertad de investigación y discusión.

Allí han estado presentes —como debía ocurrir en otras ocasiones también— los mejores teólogos de estos tiempos, sin que el Papa haya tenido el más mínimo inconveniente en ampararlos y hacerlos hablar, a pesar de



sus avanzadas o moderadas tendencias. Porque las abiertas venetas que quiso Juan XXIII para la Iglesia, ha querido Pablo VI, en esta ocasión, reafirmarlas decididamente.

Su discurso de apertura es significativo: ha pedido la suficiente firmeza para mantener el núcleo evangélico esencial, sin atarse a tantas cosas discutibles que por rutina, y quizá incuria intelectual, no hemos sabido distinguir de lo que era el meollo intangible y vital de la fe.

Porque el peligro máximo de estas reuniones —y lo habrá superado esta magna asamblea?— es olvidar que el cristianismo no se hizo para estar encerrado entre la carcama de viejas bibliotecas, o los apergaminados volúmenes llenos de polvo de los siglos, que aburren nuestras inquietudes, matándolas en su raíz.

Como dice el gran escritor católico Lyonnet, S. J. (el perseguido Lyonnet, restablecido hace pocos años por Pablo VI en su cátedra de Sagrada Escritura): «El cristianismo no es, en primer lugar, una filosofía, un sistema de pensamiento o un sistema social: es una vida. Y se expresa no en un código de leyes —por perfectas que sean—, sino en una persona, que es Jesús».

Hace falta que estos beneméritos intelectuales de la Iglesia, al volver a sus celdas de trabajo, recuerden esta verdad básica; y que todos los que leamos luego sus extensos trabajos la veamos así. Porque, si no, tras multitud de ingeniosos silogismos, expresados en cadena que recuerda —muchas veces— el recorrido de un laberinto, habremos llegado a un punto que no es sino un callejón sin salida.

Nosotros los cristianos necesitamos respirar, y para eso necesitamos oxígeno que da vida y no excesivas elucubraciones que la paralizan. Pensar y reflexionar, sí; pero hacernos unos sistemáticos obsesionados por nuestra propia idea, no.

**P**ERO, ¿quién ha hecho este Congreso?

Unos cuantos teólogos como Karl Rahner, S. J.; Hans Küng; Y. Congar, O. P.; Chenu, O. P.; Daniélou, S. J.; Benoit, O. P.; De Lubac, S. J., que fueron los que más influyeron en el Concilio, y ahora con su presencia personal o escrita forjaron este Congreso.

Me dejo en el tintero muchos nombres ciertamente. Hablar de todos es imposible; y, por eso, sólo me referiré a los que me parecen más interesantes para nuestros lectores.

En primer lugar pondré a Daniélou, ese jesuita que algunos creían equivocadamente que era avanzado, por ser francés; pero que cada vez adopta posturas más conservadoras, dentro de una moderación respetuosa de los demás.

Cree Daniélou que debíamos volver a una situación de *cristiandad*. Esa situación —ya casi totalmente superada en el mundo de hoy— que fue el régimen que imperó en la confusa Edad Media. Y digo *confusa*, porque en ella —quizá por haber sido mal comprendido San Agustín— se mezclaba todo: lo religioso y lo profano, lo personal y lo institucional, el atraso social y la providencia. Y como esto es hoy imposible, ya lo que quería Daniélou es fomentar, al menos, toda suerte de instituciones católicas: una especie de *ghetto* católico, dentro del amplio y abierto mundo actual. Parapetados en organizaciones profanas que llevasen el marchamo católico, nos defenderíamos —según este teólogo— de la invasión arreligiosa del presente. Caricaturizando un poco la cosa, habría que seguir creando las asociaciones de zapateros católicos y las piscinas católicas. (Y no me refiero aquí al difícil tema del colegio católico, al que dedicaré otro artículo.)

En tiempo de la República, el gran humorista Fernández Flórez escribió en «ABC» un duro artículo criticando, con su acerado ingenio, esa tendencia general que entonces estaba en auge entre los católicos. Su razonamiento es el mismo que ha empleado un filósofo católico francés —tomista y conservador—, Esteban Gilson, afirmando que filósofo católico resulta ser sólo el que es buen filósofo; o lo que es lo mismo: que zapatero católico sería únicamente el buen zapatero, y nada más. Y para eso no es necesario separarse «puritanamente» del mundo, sino meterse de lleno en él.

Eso es lo que —adoptando la postura contraria— quiere el P. Chenu, O. P. Cree que el mundo es profano, y se trata de vivirlo con sentido de justicia y amor, como pide el Evangelio, construyendo la ciudad del futuro, codo con codo con los hombres de buena voluntad, como ya quería Pío XII hace muchos años.

Por eso Paupert, un pensador católico actual —aunque un poco precipitado—, ha llegado a afirmar que «su actitud respecto a Marx, si se quiere un símbolo para expresarla, es en el fondo la misma de su maestro Santo Tomás ante Aristóteles». Pero esto es a todas luces exagerado, como puede comprobar cualquiera que lea sus obras. Sin embargo, algunas revistas in-

# LA IGLESIA RENEVA SU PENSAMIENTO

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

tegristas francesas —como *Le Monde et la Vie*, reprobada por la Jerarquía—, en esa campaña que lleva a cabo contra todo avance intelectual, le hace blanco de sus ataques más duros e injustos. Hoy el P. Chenu ha sido perito conciliar; pero hace 25 años su principal trabajo teológico fue incluido en el *Índice de Libros Prohibidos*. Quizá ése sea el sino de los precursores: estar dispuestos a producir la suspicacia en torno suyo, hasta que se clarifican las aguas pasado el tiempo.

**B**ENOIT es el mejor escritor que tienen los dominicos, una gran figura científica, que ha hecho más por el ecumenismo que quienes juzgan a él. Ha sabido acortar, con sus profundos estudios, la distancia entre protestantes y católicos más que muchos ecumenistas.

De Lubac, un jesuita lleno de delicadeza personal y erudición científica, también se vio incomprendido en su labor teológica hace quince años, teniendo que retirar su libro fundamental, titulado *Lo Sobrenatural*. Después, Juan XXIII le hizo experto conciliar, y ahora es figura clave del post-concilio y de este Congreso Mundial.

Rahner —el jesuita profesor durante tantos años en Innsbruck— es el pensador más profundo que tiene actualmente la teología católica. Hombre discutido —y discutible—, pero perfectamente ortodoxo, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para que no colaborase en el Concilio Vaticano II. Hoy reivindicado públicamente por el Papa Pablo VI, y uno de los teólogos que más ha influido dentro y fuera de la Iglesia católica. Ha sabido repensar el pensamiento tradicional católico con categorías de la filosofía existencial; y, a veces, se le ha tachado por eso de un cierto anarquismo teológico. Sin duda es el último gran teólogo de un período que yo creo que se cierra en la Iglesia, aunque sea brillantemente, abriéndose otro que yo llamo: el ocaso de los teólogos.

Otros nombres importantes hay también entre los teólogos, como Küng, que tanto ha influido en los países germanos y anglosajones; o algunos escrituristas españoles, como nuestro querido González Ruiz, hombre de estudio profundo, aunque a veces prefiera el diálogo con el no-creyente, más que el reposado trabajo que tanto nos gusta en él.

**C**OMO dice la revista católica romana *La Civiltà Cattolica*: «Este período post-conciliar pone a prueba la vitalidad de la Iglesia». Pero de esta confrontación libre que el Papa ha querido —aquí como en el Vaticano II— saldrá una renovación verdadera para ser más puramente católicos. Esa es la cohesión interna, llena de mutua tolerancia, que pide el Papa. En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad, y en todo, amor, como exigía también hace dieciséis siglos San Agustín.